



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 277

15 de febrero de 2012

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

RAÜL BARRERA LUNA

La Carne: Caza, Carroñeo y Evolución

RESUMEN

El presente trabajo se centra en la actual polémica sobre la concepción de los primeros homínidos, bien como cazadores, bien como carroñeros. En él se revisa el estado de la cuestión y se sintetizan las diferencias fundamentales de ambas perspectivas.

PALABRAS CLAVE

Caza, Carroñeo, Evolución Humana, Paleolítico, Subsistencia.

Raül Barrera Luna

Estudiante de Último Curso de Historia de la Universitat Autònoma de Barcelona

Raul.Barrera@campus.uab.cat

[Claseshistoria.com](#)

15/02/2012

LA CARNE

La discusión sobre el consumo de carne se encuentra ya inmersa en el *Australopithecus africanus* (C.J. Cella *et al.*, 2005) donde investigadores quisieron verlo como un primate cazador, como el mismo descubridor del género: Dart (1925, 1949^a, 1953) o bien Robinson (1945) que se sumó al efectuar un estudio comparativo de la dentición de los *australopithecus* con los *Paranthropus*, en el que se llegó a la conclusión de que el *A. africanus* tenía una dieta omnívora con una fuerte presencia de la carne en esta, basándose en diferencias del cráneo y de la mandíbula¹, queriendo con ello ver a un cazador.

Dicha relación se quiso ver en el contexto de encontrarse los restos del *A. africanus* con restos faunísticos, queriendo ver en ellos presas. Si bien la falta de instrumentación lítica era un punto débil, Dart expresó la posibilidad de utilizar los restos óseos como antiguas herramientas (R. J. Blumenschine *et al.*, 2000) rebatido a su vez por C. K. Brian quien sostuvo que los *A. africanus* no habían participado en la obtención de las osamentas animales asociadas a sus restos. Más bien se infería de sus obras que podría tener mayor lógica el pensar en que los *A. africanus* fueran presas habituales de depredadores – como el leopardo – que consumiesen sus presas en lugares concretos. En este caso, los restos del primate se mezclarían con los restos de las demás presas “debajo del árbol”. Si bien se transmitió la teoría del hombre cazador y carnívoro al *H. habilis*, por un camino sembrado de dudas del consumo de carne, para unos obvios, para otros no.

Pero, que implicación tiene la carne con la misma evolución humana. Hoy día conocemos su consumo, como es evidente, pero qué razón llevó aquellos primeros seres en adquirir la carne como un alimento más en su dieta. Se infiere que las primeras obtenciones de carne se entienden a partir de ampliar los recursos disponibles para un grupo en concreto. El cambio de medio, de bosque cerrado a bosque abierto y sabana, puede haber influenciado en la dieta de aquellos primates, surgiendo un acceso cada vez mayor al aporte proteínico de la carne – ya sean

¹ Conclusiones luego discutidas por Wolpoff (1971a) y ampliada por Grine (1987) en un estudio más elaborado sobre las marcas en los dientes (C.J. Cella *et al.*, 2005).

invertebrados o pequeños roedores – cuestión que podemos observar entre las actuales poblaciones de chimpancés y bonobos (F. B. M. de Waals, 1995) en la que se denota que entre los primeros – chimpancés – el aporte cárnico es más relevante que en la dieta de los bonobos, practicando los primeros caza cuando surge la oportunidad – incluyendo monos – o carroñeo generalmente. Donde aún así el 94 % de la dieta chimpancé es de hojas y frutas (C.J. Cela *et al.*, 2005), siendo la característica oportunista muy presente entre los homínidos.

Blumenschine (R. J. Blumenschine *et al.*, 2000) ya nos informa que “*El consumo de carne de los primeros homínidos contribuyó a conformar la evolución del cerebro, del comportamiento y de la capacidad creadora de utensilios*”. Viendo como la importancia de la carne adquiere unas proporciones quizá únicas en la evolución humana desde los primeros antepasados que la consumían. La cuestión del cerebro me és de sumo interés al ver como el crecimiento de este fue espectacular en el relativo poco tiempo en que acaeció. Vemos como hace unos dos millones de años (J. M. Bermúdez de Castro, 2008) un cráneo atribuido a un *H. rudolfensis* llegó a tener 752 cc, al tener en cuenta que la media del *A. africanus* estaba en torno a los 450 cc, vemos como en medio millón de años vemos un crecimiento del 30 % de la capacidad encefálica. Un dato relevante puesto que la evolución humana hacía adquirir de un mayor tamaño partiendo de diferentes estrategias. Por un lado, encontramos que la ampliación de la duración de la gestación permite un crecimiento mayor del cerebro pero tiene ciertas limitaciones al encontrarnos que un tamaño excesivamente grande impediría pasar el neonato por el canal del parto, Bermúdez de Castro (2008) sitúa en 300 cc lo máximo alcanzable. Por lo que se sumaría a una segunda estrategia la cual conferiría una mayor duración de la infancia, momento clave en la que el cerebro acaba de crecer hasta alcanzar prácticamente el tamaño de adulto. El problema que radica en prolongar demasiado la infancia es el hecho de la lactancia, fenómeno que impediría la ovulación en la hembra y por lo pronto impediría a su vez la reproducción. Junto a un mayor cuidado de la cría.

Cuestión solucionada por Bermúdez de Castro (2008) en disponer la “infancia” alargándola en la “niñez”. Periodo en el que el individuo en cuestión no estaría inmerso en la dependencia de la lactancia – ya podría consumir otros alimentos – permitiendo que se pueda lograr un crecimiento mayor del cerebro, acortando incluso el periodo de la “infancia” o de lactancia si se prefiere. Sin importar que el aporte alimenticio fuera

mayor y que los cuidados se prolongaran más tiempo, creando un esfuerzo mayor en el grupo. Y es aquí donde introduzco el protagonismo de la carne, alimento con una buena dosis de aporte energético que permitiría o ayudaría en esta fase. Una fase en la que el crecimiento del cerebro sería el protagonista.

¿Pero que hace a la carne un elemento relevante en la alimentación humana? Dentro de la carne encontramos la vitamina B12², que participa en la actualidad en el metabolismo del cuerpo humano y del crecimiento del cerebro – y el mantenimiento en el consumo energético que permite la carne – donde encontramos que dicha vitamina está presente, principalmente, en la carne o productos derivados – leche – viendo como el consumo de carne – en constante crecimiento a lo largo de los milenios – propició a los primeros homínidos de nuevas oportunidades biológicas.

Pues el valor energético entre una dieta puramente herbívora a una omnívora se hace patente al comprobar las diferencias, en kilocalorías, de una misma cantidad de alimento³ en la que si comiéramos 100 gramos de follaje, obtendríamos entre 10 y 20 kilocalorías de energía. La misma cantidad en fruta nos daría unas 75 kilocalorías. Pero si lo hiciéramos con carne, y aquí radica la gracia, conseguiríamos 200 kilocalorías. Misma cantidad, mayor recompensa. Falta saber cuál era el esfuerzo al que estaban dispuestos en invertir para conseguirlo. Por otro lado O. Soffer (2008) también advierte que la carne no era el único recurso rico energéticamente, comentando la aportación de los anacardos en kilocalorías – un recurso por el que no se tenía que “pelear” o arriesgar demasiado la vida –. Cabe ver (C.J. Cella *et al.*, 2005) por otro lado, como se desprende del análisis de C13 en ejemplares de *Australopithecus africanus* de Makapansgat (Sudáfrica) una dieta con un aporte relevante de proteínas animales, aunque no tuviesen instrumentos líticos.

La importancia de la carne es muy relevante en la actualidad⁴, la falta de esta – y de la vitamina B12 – puede propiciar problemas graves sobretodo en el cerebro y en el

² <http://ca.wikipedia.org/wiki/Cianocobalamina#Funcions>

³ Artículo presentado en el campus virtual de O. Soffer: (¿Quién se ganaba el pan?) dentro de “El Sexo Invisible” (2008).

⁴ Aparentemente, puesto que hay sociedades recolectoras en las que el 75% de los alimentos son de origen vegetal e inclusive hay épocas del año en el 100% (O. Soffer, *¿Quién se ganaba el pan?* en *El Sexo Invisible*)

sistema nervioso, problemas tales como cansancio, depresión clínica o bien mala memoria⁵. Y en los niños puede causar problemas en el crecimiento tanto del cuerpo como del cerebro mismo, problemas perennes ya que surgen durante la fase de crecimiento y no en la etapa adulta en la que el cuerpo ya está formado. Pero viendo solo el resultado, uno no puede comprender del todo el inicio, tan solo la trayectoria y sus consecuencias finales – no las etapas –.

OBTENCIÓN DE LA CARNE

Y una vez vista la presencia de la carne en la dieta de nuestros ancestros junto con la importancia que adquiere su consumo para la evolución misma hacia nosotros, podemos ver ahora el quid de la cuestión del trabajo: La polémica existente en la obtención de este alimento, los problemas que se derivan de una teoría o bien de otra. Y aunque ya hemos visto un pequeño guiño de ello con Dart, Robinson y los *A. africanus*, veremos ahora con mayor profundidad las diferentes teorías y consecuencias.

EL HOMBRE CAZADOR

Esta idea de un primer homínido cazador proviene, de buena manera, del siglo XIX si atendemos en el contexto en que Charles Darwin escribió *The Descent of Man* (1871) en la que ya se veía un primer “humano” cazando para obtener la tan querida carne (R. J. Blumenshine *et al.*, 2000). La lógica era evidente: la caza estimuló, en forma de catalizador, la evolución provocando un engrandecimiento del cerebro, unas manos más hábiles y el tan característico bipedismo. Cabe mencionar que cuando se escribió el libro y se planteó la teoría, faltaba mucho por conocer de los antepasados de los humanos actuales. Por ello, y sin ningún temor, Dart vio en aquel nuevo género descubierto, los *australopithecus*, el esperado cazador primitivo que empezó con la carrera hacia la cima del ser humano. No hace mención que la teoría consiguió calar hondo, puesto que ya mismamente en obras de talante literario, se nos muestra unos primeros homínidos cazadores. En 2001, *Odisea en el Espacio* (1968) de Arthur C. Clarke podemos leer que: “*Moon-Watcher se detuvo de súbito, cuando la hilera de cerdos atravesó la senda, olisqueando y gruñendo. Cerdos y mono-humanoides se*

⁵ O como bien indica el artículo de Spencer (2003) la carne no siempre es propicia provocando, su ingesta, ciertos problemas para la salud aún reconociendo la propia importancia de esta en la última etapa de la evolución humana.

habían ignorando siempre mutuamente, pues no había conflicto de intereses entre ellos. Como animales que no competían por el mismo alimento, se mantenían simplemente apartados de sus caminos. Sin embargo, a la sazón Moon-Watcher quedose contemplándolos, con inseguros movimientos hacia atrás y adelante al sentirse hostigado por impulsos que no podía comprender. De pronto, comenzó a buscar en el suelo... no sabría decir qué [...] Lo reconoció al verlo. Era una piedra pesada y puntiaguda [...] Al blandirla [...] sintió una agradable sensación de poder y autoridad. Y seguidamente comenzó a moverse hacia el cerdo más próximo. [...] ¿Por qué habrían de sospechar cualquier maligno intento? Siguió hozando la hierba hasta que el martillo de piedra de Moon-Watcher le privó de su vaga conciencia⁶.” Una descripción muy relevante en cuanto a la acción del “mono-humanoide” tras recibir alteraciones en el cerebro por parte de la “Nueva Roca” en un contexto de hace 1 millón de años. Donde podemos apreciar la idea sucinta del mono-cazador-humanoide que tras recibir un empujoncito cerebral, caza y obtiene carne.

Volviendo al tema, Dart quiso ver – como ya hemos mencionado – en los *Australopithecus* aquel ente cazador, aunque ya conocemos su resultado. Posterior a él – dando un pequeño salto – nos encontramos con *Man the Hunter* (1968) por Richard B. Lee e Irvén DeVore donde se apreciaba “*un proceso evolutivo, iniciado con el asentamiento de los protohomínidos en la sabana, que exigía complementar su acostumbrada dieta vegetariana con cantidades crecientes de carne.*” (R. J. Blumenschine *et al.*, 2000) provocando a su vez – la caza – la evolución del cerebro puesto que requería previsión y mayor destreza, destreza que a su vez se veía reflejada en unas manos más hábiles⁷ mejorando la habilidad técnica y, por ende, la inteligencia a su vez. Entendiendo que la caza no deja de ser un motor evolutivo autónomo, un ciclo ascendente que muerde su propia cola con vistas al “progreso”. Y en el transcurso del mismo año – 1968 – vemos (C.J. Cella *et al.*, 2005) como Washburn y Lancaster sintetizan un modelo más ponderado, haciéndose eco del clima del momento, donde apreciamos la influencia de los trabajos de Lorenz (1963) en que se mostraba como la agresividad era un elemento vital para la cohesión y articulación de los grupos. Una agresividad, que a su vez, se quiso ligar a la caza – con ciertos

⁶ Clarke 2001, *Una odisea espacial* Debolsillo. Barcelona, 2009. (pgs. 22-23)

⁷ Cabe notar que sigue el modelo de Darwin.

tropiezos – para mostrar cómo esta llegó no solo al aportar un recurso nuevo que “permitiría” la evolución sino que ocasionó los lazos sociales tan usuales de encontrar en las sociedades humanas. Para Wahsburn y Lancaster (1968) la importancia de la caza entre aquellos homínidos originaría el elemento “único” – al menos para aquellos momentos – no compartido por otros primates: la cooperación⁸. La caza es el responsable del cambio operado en aquellos primates. Existiría ya una división del trabajo mediante la cual los machos cazan⁹ mientras que las hembras cuidan de los pequeños y recolectan alimentos vegetales. En consecuencia, el grupo depende de los machos que aportan la tan “preciada” carne, fortaleciendo los lazos de la “comunidad”. Pequeña apreciación – el de la cohesión social en base a la caza – que rápidamente nos permite saltar R. J. Blumenshine *et al.*, 2000) a Glynn Isaac que en su artículo de “Cómo compartían su alimento los homínidos protohumanos” (Investigación y Ciencia, junio de 1978) en que se traslada el interés no tanto en la obtención de la carne – de la que difería sobre que la caza, más bien al contrario – sino en la repartición de la misma. Demostrando que los primeros homínidos se asentaban en hogares – comportamiento nuevo – lo cual le hizo deducir – ¿especular? – una división sexual del trabajo en que los machos, nuevamente, cazaban y las hembras recolectaban. Para luego compartir de forma altruista provocando los primeros retazos de lo que sería el lenguaje¹⁰ y la cultura.

Volviendo a la caza, cabe destacar que en la mayoría de autores la importancia de las pruebas o bien en los elementos que harían pensar en esa actividad, son las herramientas. Los útiles creados por estos primeros homínidos que les salvarían de los límites anatómicos para poder lidiar y competir con los depredadores – cada vez a una escala mayor –. Sin herramientas no hay caza, o bien podemos verlo como que la

⁸ Huelga decir que cualquier documental o trabajo sobre Chimpancés o Bonobos hacen denotar lo contrario en la actualidad, pero ellos tendrían que esperar a Goodall.

⁹ Aquí recalco “los machos” y sumo la lectura de O. Soffer de *¿Quién se ganaba el pan?* en *El Sexo Invisible* ya citado.

¹⁰ En este aspecto, quisiera recomendar la lectura de los trabajos de Dunbar (*La Odisea de la Humanidad: una nueva evolución de la raza humana*. 2007 Crítica.) sobre este tema al esbozar un posible origen diferente del lenguaje, como cohesionador social, con raíces en el “acicalamiento social” presente en los primates.

voluntad de cazar provoca el desarrollo de herramientas: de simples piedras ocasionales a auténticos arsenales.

Es fácil ver en esta teoría como el ser humano no sería lo que es hoy día sino fuera gracias al esfuerzo de la actividad de caza que nos otorgaría una posición destacada en la evolución misma de nuestros ancestros frente a un mundo cambiante al que debían adaptarse, en el que debían triunfar o perecer.

EL HOMBRE CARROÑERO

La Teoría del Hombre Cazador recibió duras críticas con el pasar del tiempo. Como hemos visto, un Glynn Isaac que se permitió dudar de la caza como elemento indispensable para la obtención de la carne o bien Blumenschine que dudó de ella puesto que en el registro fósil no se podía hallar evidencias al respecto (C.J. Cella *et al.*, 2005). De hecho, los mismos útiles líticos tan relevantes para la caza aportan una información valiosa para, curiosamente, apuntar a lo contrario. Son tres tipos de evidencias las que se han utilizado para dilucidar el modo de obtención del recurso en cuestión. Mediante el estudio del filo del instrumento, donde se puede deducir en qué se utilizó, más allá de la deducción por la forma¹¹. Cabe sumar, como segunda evidencia, la etología para poder comparar y estudiar las poblaciones de simios actuales para llegar a conclusiones y observaciones de sumo interés. Y la importancia de los estudios tafonómicos¹², dirigidos a reconstruir el proceso de acumulación de las evidencias arqueológicas en los yacimientos. Tres autores podemos destacar en esta “lucha” por evitar asociar los primeros fabricantes de herramientas con agresivos cazadores: Isaac, Blumenschine y Binford. El debate, ahora, caería en el papel de la cooperación y formaciones sociales.

Glynn Isaac parte (C.J. Cella *et al.*, 2005) de la comparación de las poblaciones cazadoras-recolectoras actuales con las poblaciones de los primates usuales para

¹¹ Aquí aventuro a pensar en la Arqueología experimental como de vital importancia para conocer, lejos de la teoría, el papel de cada útil.

¹² Como por ejemplo el artículo de R. Barba y M. Domingo-Rodríguez (2008) en el que se nos muestra el significado de las marcas de corte en los restos animales de FLK Zinj (Olduvai, Tanzania) en la que los cortes de las “zonas calientes” son más relevantes, por lo que haría pensar en una actividad mayor de carroñeo que de caza, al no encontrar mayor experiencia de corte en las “zonas frías”.

observar como las poblaciones humanas consumen mayor cantidad de proteínas animales, las cuales son procesadas después de ser transportadas a un lugar de reunión, donde son procesadas y compartidas, jugando el lenguaje un papel fundamental en la cohesión social obtenida. Para Isaac – y luego Lovejoy – basa la fundación de la familia como el éxito adaptativo del homínido. En este punto, hace falta mencionar la importancia que tuvo el yacimiento que estudió del cual se desprendió con seguridad sus conclusiones: Koobi Fora¹³, del cual se desprendía una forma de vida muy diferente a la reflejada en el modelo del Hombre Cazador.

Y mencionar en este punto el yacimiento conocido como “hipopótamo-artefacto”¹⁴ (C.J. Cela *et al.*, 2005) situado en la toba KBS de Koobi Fora, donde se encuentra los restos de un hipopótamo entero asociado con industria lítica. Las conclusiones sacadas fueron la de que los homínidos transportaron las piedras para construir las herramientas necesarias y sacar provecho de la carcasa animal. De ello, uno piensa más bien en una actividad carroñera, puesto que no construyes las herramientas en el lugar de la caza ni que fuese transportada la carcasa entera – estamos hablando de un señor hipopótamo –. De aquí se desprende la idea de un lugar de reunión de los homínidos dado la acumulación de restos líticos y óseos encontrados en Koobi Fora. La cuestión radica en que para Isaac estaríamos hablando del concepto de “Central-place foraging” donde el transporte de las carcasas posibles provocaría una abundancia de alimento que daría facilidad al altruismo compartiendo o bien el concepto de “Refuge” de Blumenschine donde solo transportarían ciertas piezas de los animales a un lugar en concreto – con las herramientas necesarias y relativamente seguro – portando poca cantidad de comida, que ocasionaría una cierta tensión social.

En cuanto a L. R. Binford (1981) revisó los datos en un nuevo análisis tafonómico de los restos óseos de Olduvai – trabajos de Mary Leakey – obtuvo como resultado la conclusión (Blumenschine *et al.*, 2000) de que en tiempos del *Homo Habilis* ni se cazaba ni se compartía los alimentos de forma generalizada. Los homínidos se

¹³ En el yacimiento 50 o FxJj50 (C.J. Cela *et al.*, 2005).

¹⁴ El cual me hace pensar en el yacimiento de Torralba-Ambrona que tanto tiempo se quiso ver como un “killer site” de animales pero que según algunos argumentos no deja de ser algo al estilo de un cementerio de animales (elefantes) en que ocasionalmente visitaban los homínidos, con escasa presencia, a su vez, en la zona de los yacimientos (Santonja, 1989).

habrían limitado a recoger los restos dejados por los depredadores – ya descarnados normalmente – para aprovechar las partes a las que no tenían acceso los demás carroñeros, como el tuétano. Visualizando una dieta que no distaba de ser muy semejante a la de los actuales primates, como el archimencionado chimpancé.

De hecho la comparación etológica con los chimpancés de estos primeros homínidos da como resultado datos que hoy son conocidos como que el mismo chimpancé – pariente más próximo al ser humano – practica la caza cooperativa – de animales más pequeños, incluyendo de otros “monos” –, el compartir comida, el empleo de rústicos utensilios, guerras selectivas y jerarquías internas (Waal, 1995). Elementos que recuerdan mucho al humano como tal, de los cuales también se desprende el carroñeo ocasional, siempre que surja la oportunidad (C.J. Cela *et al.*, 2005). Aunque se debe concretar los estudios comparados con los Bonobos, que distan en comportamiento de sus parientes los chimpancés. Un comportamiento que puede parecer, a su manera, muy humano.

Blumenschine *et al.* (2000) sostiene que en verdad, la presencia de marcas en los huesos y las asociaciones con restos antrópicos son innegables, pero, la cuestión radica en cómo aquellos homínidos relativamente pequeños¹⁵ podrían cazar animales de mayor tamaño y fuerza. La solución parece evidente: una solución muy carroñera.

Dando un contraargumento a aquellos que sostienen la imposibilidad del carroñeo en cuanto a unos seres – homínidos – diurnos que les hubiera sido de mucha dificultad encontrar los restos dejados por depredadores en pleno sol que no hubiesen sido ya consumidos por otros competidos – hienas – por completo antes de la llegada de estos. Blumenschine *et al.* procuran, en respuesta, dar a observar un nicho parcialmente desocupado por los competidores. Para empezar, destacar los restos de las presas dejadas en los boscajes ribereños y de los grandes animales que sucumben de forma natural – ya sea enfermedad, ahogamiento o cansancio –. Oportunidades para aquellos homínidos que Blumenschine *et al.* han observado en Tanzania.

¹⁵ La estatura de las hembras rondaría los 120 centímetros, mientras que la de los machos llegaría a los 150 cm. con un peso aproximado de 30 kg y 45 kg respectivamente (Blumenschine *et al.*, 2000).

De este espacio se desprende que hubiese sido fácil para unos bípedos parcialmente arbóreos ya que podrían lograr refugio y escondrijos para sus recursos con relativa facilidad. Incluso explotar los escondrijos ajenos, pensando en la costumbre del leopardo de dejar la presa a medio consumir o sin consumir en la copa de los arboles, de fácil acceso para los homínidos. Esta actividad se vería fortificada en las estaciones más secas, donde el acceso a los recursos vegetales sería más complicado y la estrategia omnívora la respuesta más sencilla a ello. Puesto que aquí cabe destacar lo antedicho respecto de las propiedades – en valor energético – de la carne: menos faena igual a más beneficio¹⁶.

Partiendo de las observaciones en Tanzania, Blumenschine *et al.*(2000) concluyen que las hienas no siempre encuentran rápidamente los restos en este espacio ribereño y que inclusive ha observado como chimpancés o babuinos han conseguido hacer huir a los leopardos. Por lo que sostiene la posibilidad de esta realidad para los primeros homínidos. Aquí de nuevo recalco los análisis de C13 del *A. africanus* mencionadas sobre la evidencia de consumo de carne. De nuevo, se contra argumenta sobre las premisas presentadas por los del “Hombre Cazador” en las que la carne sería más “sana” en los animales acabados de matar, a lo que se responde que la mayoría de animales muertos por forma natural no contienen un peligro importante para la salud y que si bien estos restos, en verdad, suelen ser fruto de la cacería de otros depredadores. Por lo que estaríamos hablando de animales sanos que aportarían un buen alimento a los oportunistas homínidos.

El desconocimiento de aquel momento de las prácticas de nuestros parientes llegó a dudar de la posibilidad del carroñeo, hasta Jane Goodall (Blumenschine *et al.*, 2000) no se sabía de la caza entre los chimpancés o bien de lo que más tarde se observó que era la misma práctica de carroñeo entre babuinos y chimpancés. De hecho, en 1988 se pudo corroborar la actividad carroñera de los miembros de las tribus hadza – de los que ahora hablaremos – y san en el África sudsahariana.

Por lo que parece del todo evidente el pensar en una dieta parecida a la de nuestros parientes actuales, sobretudo del chimpancé, en que el carroñeo y la caza de animales

¹⁶ Ahora debemos pensar que no es la caza, una actividad que consume mucha energía, sino el “recolectar” partes de animales muertos encontrados, una inversión inferior de trabajo y energía.

pequeños son viables. Puesto como apunta O. Soffer en el artículo citado “*no hay razones que nos impidan pensar que, además de cazar, los homínidos actuaban como carroñeros*”. En esta línea (Blumenschine *et al.*, 2000), se destaca la pequeña diferencia que resulta el empleo de herramientas para conseguir los recursos cárnicos que escapan a los depredadores: el tuétano, masa encefálica... que nos brindaría una ventaja relevante en la estrategia de subsistencia de la especie. Ello implica que el carroñeo también sugiere el desarrollo de herramientas – y por qué no del cerebro, de la habilidad en las manos, en la mejora de la técnica... que antes se relacionaba únicamente con la caza – y del conocimiento necesario para saber dónde encontrar los restos. La oportuna capacidad para leer las diferentes pistas en el paisaje para conseguir “recolectar” los frutos alimenticios. Y si la capacidad que tienen los actuales primates superiores para recordar dónde encontrar los frutos, en que época y en qué situación no se pudiese aplicar, en aquellos homínidos ancestrales, en los mejores lugares para encontrar carne. Una idea interesante a tener en cuenta en nuestra revisión de los diferentes modelos pertinentes a la obtención de la carne.

Blumenschine *et al.* (2000) acaban por volver al registro fósil en la voluntad de ver en él la prueba destacada del uso de herramientas para trabajar la carne – entre otras cosas por supuesto – tras una actividad de carroñeo, pues no se difieren en estos útiles ninguna forma de tosca arma, más bien se ven instrumentos para procesar el alimento.

EL HOMBRE RECOLECTOR

En este modelo, que nace en respuesta a los anteriores, podemos leer (C.J. Cella *et al.*, 2005) a un Clifford Jolly (1970) que duda sobre los modelos planteados y alude, en sus trabajos, a la disconformidad de la evolución “lineal” bipedismo-herramientas-cambios dentales-aumento cerebral. Cuestionando el modelo partiendo de la base tanto de evidencias como de ejemplos de primates¹⁷ proponiendo, desde su punto de vista, una alternativa basada en la comparación de los primates del Viejo Mundo (babuinos-papiones-mandriles) elaborando una primera idea sobre el parecido de las diferencias entre los babuinos y el resto con los primeros homínidos de sus congéneres más próximos – chimpancé –. Presentando el hábitat del babuino como muy parecido al de los primeros homínidos – espacios abiertos – y ciertos rasgos

¹⁷ Los Chimpancés utilizan herramientas ocasionales pero no son ni bípedos a tiempo completo ni tienen los cambios dentales – disminución caninos por ejemplo – presente en los fósiles (C.J. Cella *et al.*, 2005).

como los caninos y los incisivos relativamente cortos o bien la oportuna evidencia de que los babuinos no son bípedos pero que mantienen una postura erecta cuando comen (C.J. Cela *et al.*, 2005).

Esta comparación lleva a Jolly a elaborar una primera idea de la dieta de los homínidos en muy parecida a la de los babuinos, reconociendo la importancia de la carne en la filogénesis de los homínidos¹⁸, manteniendo que el principal recurso seguía siendo el de origen vegetal¹⁹. De hecho, los trabajos de Hawkes *et al.* (1998) hacen inca píce en la importancia de la recolección entre los Hadza, donde la actividad de caza/carroñeo es realizada por los hombres y la recolección por mujeres y niños. Poniendo especial interés en la actividad de las mujeres de mayor edad en la recolección, las cuales tendrían tasas más altas²⁰ en esto. Hipótesis aplicada en una posible interpretación de las estrategias de obtención de recursos a partir del *H. erectus* – por su incipiente mayor longevidad – teniendo en cuenta la alta disponibilidad de tubérculos²¹ enterrados en los bosques y sabanas africanas. Empero en este punto, Cela *et al.* (2005) advierten de la importancia, a su vez, del conocimiento del fuego para procesar este tipo de alimentos. Conocimiento y uso que se puede intuir – si así se quiere ver – de la reducción del tracto intestinal presente en *H. ergaster*.

CONCLUSIONES

Hemos podido observar un breve estado de la cuestión referente a los diferentes modelos existentes en la obtención del recurso cárnico. Modelos, que a su manera, ejercen una influencia diferente en los autores expuestos dejando de lado la imposibilidad del triunfo de uno sobre los demás. La mayoría de teorías nacen de la observación de ciertos yacimientos con las condiciones propias de cada uno junto con

¹⁸ Asumiendo que más tarde, en otra “etapa”, sería introducida totalmente.

¹⁹ Aunque más tarde Stahl (1984) advierte de la dificultad de una dieta puramente vegetal en cuanto esta tiene ciertos componentes perjudiciales o contrarios a los homínidos, dieta previa al fuego que dependería de los recursos cárnicos (C.J. Cela *et al.*, 2005).

²⁰ Proponiendo la conocida “hipótesis abuela”, donde las hembras sobrevivirían a la menopausia en pro de un beneficio para el grupo como puede ser mayor recolección de alimentos y ayuda en los cuidados pertinentes.

²¹ De nuevo el trabajo de Hawkes *et al.* (1998) sobre la importancia de la recolección de tubérculos.

la manera de interpretar del investigador. De aquí se puede derivar, desde mi punto de vista, la voluntad de Dart en ver a los *A. africanus* como cazadores cuando las pruebas eran, en buenas palabras, poco concluyentes a este respecto – la asociación de restos del *A. africanus* junto otros animales –. Y por no hablar solo de Dart, sino también de los autores pro-carroñeo, podemos dilucidar que las diferencias en los modelos de “Central-place foraging” (Isaac) y de “Refuge” (Blumenschine) pueden responder – desde la humilde opinión del profano en la materia – a posibles divergencias en la conformación de los yacimientos conforme a diferentes momentos de formación y espacio²². Por ahora aventuro, por ejemplo, a tener en cuenta las posibles diferencias culturales existentes entre aquellos homínidos, tales diferencias que hoy conocemos entre los chimpancés (Boesch *et al.*, 2006) que podrían ocasionar, a su manera, peculiaridades que hoy en día ayudarían – como factor divergente – en las interpretaciones de yacimientos varios.

Inclusive, tras un breve repaso de los modelos, pensar en que si bien todos tienen ciertas evidencias a su favor y otras en contra – quizá para mí el modelo del cazador es el que adquiere una peor defensa – ninguno de ellos se ha centrado, con la voluntad propia de acabar con algún debate, en centrarse en la característica propia de los homínidos y del ser humano, la de “*omnívoros oportunistas*” que Cela *et al.* (2005) plantea como tan evidente, la cual “*parece ser también la de todos los homínidos*”. Por ello, no cabría mejor plantear un posible modelo integrador, que adquiriese las características propias de los demás modelos²³, advirtiendo a su tiempo en las posibles peculiaridades intrínsecas a cada yacimiento²⁴; en el que se viese aquellos homínidos como unos entes oportunistas que en el afán propio de los seres vivos buscasen nuevos recursos en cuanto faltasen unos. Ahora pienso en los chimpancés descritos por Waal (1995) que, sin ser bípedos, sin utilizar herramientas muy elaboradas, etc. practican tanto la caza – a pequeña escala – como el carroñeo, siempre que es necesario, útil o fácil. Pero claro, de nuevo nos encontramos que

²² No olvidemos a Binford que niega las dos.

²³ Incluyendo el Modelo del Hombre Recolector que pone el acento en la recolección y en el fuego como elementos relevantes en la dieta de los homínidos.

²⁴ Sin querer un esquema general, un filtro por el que pasar todo dato nuevo o viejo.

utilizar un ejemplo antes que otro nos sirve para ejemplarizar la interpretación que queremos dar, poner la tilde en la característica oportuna que nos interesa.

A fin de cuentas, sin mayor dilación concluir que tenemos la posible evidencia del consumo de carne en tiempos remotos²⁵ y la certeza de que en la actualidad se consume, ¿Cuál es el camino? ¿Cuál el proceso? Caza, recolección, carroñeo... Y por qué no un conjunto de ello, una estrategia oportunista, concreta a cada momento, en la que según las características del medio, del grupo y demás factores; el grupo homínido se decantase más bien por un tipo de estrategia, de otra o simplemente una mezcla. Un “Modelo Oportunista” donde se tenga en cuenta que no se puede englobar el todo en una sola estrategia. Modelo, que por otro lado, faltaría todo un seguido de estudios y trabajos para que pudiese ser planteado a un nivel académico pero, al menos, una idea lanzada al aire para la voluntad de evitar encasillarse. Una idea simple pensada para crear dudas o preguntas. Pues las preguntas llevan a otras preguntas y las respuestas a más dudas.

²⁵ El análisis de C13 en ejemplares de *A. africanus* que harían pensar en ello (C.J. Cella *et al.*, 2005)

BIBLIOGRAFÍA

- Bermúdez de Castro, J. M.; “*Claves de la Evolución Humana en el pleistoceno*” Investigación y Ciencia Vol. 38, pgs. 80-88, 2008.
- Boesch, Ch. *et al.*, “*Expresiones culturales de los chimpancés*” Investigación y Ciencia Vol. 32, pgs. 36-43, 2006.
- Blumenshine, R. J. *et al.*; “*Carroñeo y evolución humana*” Investigación y Ciencia Vol. 19, pgs. 76-84, 2000.
- Cela, C. J. *et al.*; “*Senderos de la Evolución Humana*” Alianza. 2005, Madrid.
- Clarke, Arthur C.; “2001, Una odisea Espacial” Debolsillo. 2009, Barcelona.
- Domínguez-Rodrigo, M. *et al.*; “*Nueva aproximación tafonómica al estudio de las marcas de corte para el debate de caza y carroñeo en yacimientos africanos: Aplicación al FLK Zinj (Olduvai, Tanzania)*” Complutum Vol. 19, pgs. 9-24, 2008.
- Dunbar, R.; “*La Odisea de la Humanidad: una nueva evolución de la raza humana*”. Crítica. 2007, Barcelona.
- Hawkes, K. *et al.*; “*Grandmothering, menopause, and the evolution of human life histories*” Proc. Natl. Acad Vol. 95, pgs. 1336–1339, 1998.
- Santonja, M.; “*Torralba y Ambrona, Nuevos Argumentos*” ISSN 0210-9573. Vol. 55, pgs. 5-13, 1989.
- Spencer, C.; “*Animal Source Foods to Improve Micronutrient Nutrition and Human Function in Developing Countries*” The Journal of Nutrition Vol. 133, 2003.
- Soffer, O. *et al.*; “*¿Quién se ganaba el pan?*” de “*El Sexo Invisible*”, pgs. 95-112. Lumen. 2008, Barcelona.
- Waal, F. B. M.; “*Vida social de los bonobos*” Investigación y ciencia Vol. 224 pgs. 52-59, 1995.